



www.loqueleo.com

Título original: APARECIÓ EN MI ARMARIO

© 2019, Pablo María Sáenz

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-913-0

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Impreso en Colombia

Primera edición: marzo de 2020

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño y Lilian Salcedo Fernández

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustraciones: José Amado Polanco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Apareció en mi armario

Pablo María Sáenz

Ilustraciones de José Amado Polanco

loqueleg

*A todos los niños y jóvenes
que están o se sienten solos,
deseando que esta historia
les haga un ratito de compañía.*

Aquella noche, mi abuelo, había prendido la chimenea y cenamos al lado del fuego jugando a adivinar las figuras que hacían las llamas. No es que hiciese tantísimo frío, pero a él le gustaba observar como ardían los troncos y cuando saltaba una chispa decía que eran los duendes de la madera escapando por la chimenea para no morir carbonizados, a la búsqueda de un nuevo árbol donde vivir. Él disfrutaba contándome historias. Algunas sobre cosas que realmente le habían sucedido y otras que eran pura fantasía.

A eso de las diez subí a acostarme. Mamá llegaría tarde a casa y papá había partido después de almorzar con un cargamento de hortalizas y fresas hacia el puerto de Caucedo. Nuestra casa es una cabaña de dos plantas y está situada en una parte alta del Valle de Constanza en lo que se conoce

como Colonia japonesa, muy cerca del Parque Nacional de Valle Nuevo. En invierno, cuando las nubes se hacen dueñas del cielo, la niebla desciende de la cordillera y poquito a poco, las copas de los árboles van desapareciendo bajo su manto blanco. El abuelo dice que seguramente es así para que algunos ángeles que juegan a las escondidas, allí arriba en el firmamento, puedan ocultarse en nuestro valle sin ser descubiertos.

Me había quedado recién dormido cuando, de repente, sentí un murmullo que venía de adentro del armario. Pensé que podía ser un ratoncito de campo, de esos que en un dos por tres se meten en las casas, hasta que una voz desconocida comenzó a llamarme por mi nombre.

—Fede, Fede, soy yo, tu tío César. Disculpa que aparezca así, de repente. Seguro que tú no te acuerdas de mí, eras apenas un niño cuando me fui a vivir a Italia. Pero no tengas miedo que no vine para asustarte, no soy de esos. Lo que quiero es pedirte un favor. Hey, Fede, muchacho despierta. ¿Me estás escuchando?

—¿Quién anda ahí? —pregunté tratando de disimular mi temor por aquella voz desconocida.

—Ya te lo dije, soy tu tío César y necesito que me des una mano con un asuntito que tengo pendiente. Con Mercedes, la que era mi novia, tal vez tú no la conoces, como sea es imposible que la recuerdes, eras muy pequeño, pero...

—¡Pero nada! ¡Qué tío ni qué diantres! Mi tío César, el hermano de mi mamá, se murió en Italia hace un montón de años y está enterrado en el cementerio; eso me contó mi madre y ella no miente —respondí enojado—. Es que debo estar soñando y no me puedo despertar. Seguro que tengo una pesadilla... aunque los sueños son mudos... y este parece que estuviera hablando. Además, si realmente fuera el tío César, esta no es forma de presentarse después de tanto tiempo. Escondido dentro de un armario, como un ladrón —pensé para tomar coraje—. ¡Tú eres un mentiroso, un ladrón, un impostor! —dije en voz alta, para ver si la pesadilla desaparecía.

—¡Alto muchacho, no te pases de irrespetuoso! ¡No te voy a permitir que me llames ladrón! ¡De ninguna manera! ¿De qué tienes miedo? Si el armario está cerrado con llave y es más hermético que una caja fuerte. Que muy buen carpintero era

el viejo, había que ver... Piensa un poco cabeza de pajarito, si fuese un ladrón, ¿cómo voy a hacer para encerrarme por dentro cuando la llave está afuera? —me preguntó la pesadilla con voz humana.

—Tienes razón. Entonces voy a despertar al abuelo Antonio, desde ya te digo que está armado, y también a mamá, así aclaramos el asunto. Total, si eres una pesadilla, el abuelo sabe cómo hacerte desaparecer. Él también tenía pesadillas cuando era muchacho.

Efectivamente, en esa casa los armarios se cerraban con llave, porque eran de ébano macizo y así se evitaba que la puerta cediese si se quedaba abierta.

—Perfecto, pero antes de despertar a Leonor y a papá, quiero decir al abuelo Antonio, te pido que tengas un poco más de paciencia y me escuches. Si no te convenzo puedes despertar a la familia, a los vecinos y llamar a la policía. Es más, desaparezco y ya está.

—¿Y cómo es que tú conoces el nombre de mi mamá, y mi abuelo qué tiene que ver contigo que lo llamas papá? ¡Estás loco de remate! —insistí levantando la voz, para que se diera cuenta de que yo no tenía miedo.



—¡Basta, Fedé! ¿Me puedes escuchar un minuto, sin contradecirme? ¡Qué carácter el tuyo!

—Vamos a ver. Dime, pesadilla, ¿con qué disparate vas a venir ahora?

Si no le seguía el juego no me la sacaba más de la cabeza.

14 —Mira, tu madre se llama Leonor, tiene treinta y cinco años, su cumpleaños es el ocho de diciembre, le gustaba usar el cabello rizado, debe medir algo así como un metro sesenta y seis, tiene un lunar en el pómulo izquierdo y tu abuelo tiene...

—¡Momento! ¡Alto ahí! Lo que me estás contando lo sabe un montón de gente. Y la fecha de su cumple no es difícil de averiguar. ¿Tú crees que soy tonto...señor como quiera que te llames?

—Tu madre, o sea mi hermana, se volvía loca por el tres leches con helado de fresa. En ese entonces, si algo sobraba en este valle eran las fresas, y que preparaba tu abuela o sea mi madre Titi, que en paz descansa. Veamos... ah, sí, le gustaba el jugo de chinola con leche y canela, espantosamente dulce para mi gusto ya que además le agregaba un montón de azúcar. Tiene una cicatriz en el hombro izquierdo, se la hizo el descontrolado de

Claudio, el loro que teníamos de chicos. ¿Qué más te puedo contar? Vamos a ver... La operaron de las amígdalas cuando tenía ocho años. En el hospital, se indigestó con helado de fresa que le llevó el viejo para que compartiera con su hermano, o sea, conmigo. Se comió un pote de libra y media ella solita, y eso que yo no tardé casi nada en llegar hasta el hospital. Pero no le dijimos nada a tu abuelo. No sé si te habrá contado del día que nos escapamos al río. Papá la había castigado, pero ella había quedado con Martín, tu padre. Ya eran noviecitos por aquel entonces. Quería llevarla a dar una vuelta en bote, pero el muy torpe se puso a hacer el payaso y terminaron los dos en el agua. Tuve que ir a buscarle ropa seca. Mamá estaba en Bonaó, en lo de tía Susana y papá en el taller. Cuando el viejo regresó a casa, apenas la vio le preguntó por qué lo había desobedecido. Y ella, en vez de inventar una excusa o negárselo, de entrada, le reconoció que se había escapado para encontrarse con Martín. Leonor no sabía mentir. Nunca supe cómo se dio cuenta tu abuelo, mira que nos habíamos tomado el trabajo de secar la ropa. Dime, ¿tu padre sigue con sus viajes? Hey, Fede, ¿Por qué estás tan callado?

—Te estoy escuchando, atentamente. Sí, papá sigue viajando, pero ya no trabaja para Agrofer-til, ahora maneja su propio camión. Viaja por toda la isla, incluso hasta Haití. La verdad es que está poco en casa. ¿Pero cómo tú sabes todo lo que me estás contando? —le pregunté.

16 —¡Pero muchacho, por algo soy tu tío! Ya te dije quién soy, pero tú no me quieres creer.

—Entonces espera, que voy a despertar a mamá y al abuelo —le advertí, comprobando que efectivamente el armario estaba cerrado por fuera o sea que el intruso no se podía escapar. A esa altura de la conversación era obvio que no se trataba de una pesadilla.

—¡No, no, espera un minuto! Esto es más complicado de lo que parece. Si realmente me crees, por favor baja al salón sin hacer ruido y coge la foto en la que estoy junto a Leonor, la del aeropuerto. ¿Sabes lo que me decía tu madre cuando me veía enojado? César, Césarino se pone alegre cuando le hacen un mimo. César, Césarón es más peligroso que un avispon —me dijo con la voz entrecortada.

Definitivamente el que estaba encerrado en el armario era alguien muy cercano a mi familia. Lo

de César Césarino, César Césarón, mi madre jamás lo hubiera repetido delante de extraños. Eran cosas de hermanos, y yo lo sabía, porque ella me lo había contado. La verdad es que no sé por qué le hice caso. Había algo en su voz, en su forma de hablar que me resultaba familiar... No me daba miedo, todo lo contrario. Sentí... sentí que quien fuera el que estaba ahí dentro no quería hacerme daño. El abuelo dice que a veces hay que confiar en el instinto. Serán cosas de gente grande, digo yo. Silenciosamente me deslicé por la escalera, tomé la fotografía y regresé rápido a mi habitación.

17

—Ahora, apaga el bombillo y abre la ventana para que entre luz de luna. Así me vas a ver mejor, hoy hay luna llena —me aclaró.

—Bueno, si tú quieres apago la luz, pero mira que a mí no me importa tu aspecto. Después de todo lo que me has contado, tengo curiosidad por conocerte.

—Yo también, Fede. No tengas miedo. Y para que te convenzas de una vez por todas de que soy tu tío César, ve al zócalo del armario, dale un golpecito seco con el costado del puño en el lado derecho, contra la pared; con cuidado, para no lastimar

la madera, que este ropero lo hizo el viejo. Vamos a ver qué descubres. Recuerda que este era mi cuarto.

Para mi sorpresa, descubrí que el zócalo se podía quitar. Allí había un escondite, de la profundidad del armario, donde entraba mi mano.

—Ahí adentro deberías encontrar una navaja pequeña con mango de madera oscura que tiene grabada una «C» de César medio cuadrada.

—¡Wuau, tienes razón! ¡Mira, aquí está! ¡Qué chula! ¿Me la regalas?... Pero, pero ¿cómo puede ser? ¡Esto es imposible! ¡Entonces, tú estás vivo! ¡Tío César, estás vivo! ¡Te das cuenta, estás vivo! Espera que te abro.

—No, Fede, todavía no. Esto no es tan sencillo. Observa bien la foto, con detenimiento. Claro que ya pasaron unos cuantos años y yo no soy el mismo... es qué no sé cómo explicarte.

—Sí, pasó un montón de tiempo, claro. Yo no me acuerdo de ti, era demasiado pequeño cuando te fuiste. Pero no se te ve nada mal, estás muy bien en esta foto. ¿Aún tienes este sombrero?

—¿El borsalino? No, se lo tragó el lago. Bien, ahora ya puedes abrir la puerta del armario y te ruego Fede, por lo que más quieras en el mundo,



que no grites ni hagas ningún tipo de escándalo cuando me veas. Tú tranquilo, que todo tiene su explicación, y ten en cuenta que lo que vas a ver, para mí también es una experiencia nueva. La verdad que no sé con lo que te puedas encontrar, yo hubiera preferido...

—Pero ¿dónde te has metido?

20

—Detrás de los abrigos. Espera que salgo.

—¡OOOOH! ¡POR DIOS! ¡ME DAS MIEDO! ¡TÚ NO PUEDES SER MI TÍO CÉSAR!

—¡Shhhhhhh! ¡Silencio, Fede! ¡Shhhhhhh! Te pedí que por favor no gritaras. ¡Confía en mí, te lo ruego! Vas a despertar a toda la familia. Obsérvame bien y dime que tú ves. Es que no sé cómo me ven los demás. Eres el primer ser humano con quién me encuentro, después de muerto, claro.

—Eres como, como... un fantasma, o algo por el estilo... Pero no te preocupes que te pareces al de la foto. Tienes cara, sí, y tienes rostro. Lo que quiero decir es que está completa: nariz, boca, orejas y algo parecido al cabello, aunque no se vea. ¿No usarías peluca, verdad? También tienes manos, aunque no se notan los pies. ¿Qué más quieres que te diga? Sí, creo que estás vestido. Estás...

estás bien aunque bastante raro, pero bien... para ser un espectro.

—Un espectro jamás, Fede, esos son muy malos. ¡Qué horror! Pero dime, ¿me parezco al de la foto?

—Ya te dije que sí. ¡Tienes que creer en lo que te estoy diciendo! Lo que pasa es que... mira es como si te hubieran dibujado el contorno y algunos rasgos sobre una hoja de calcar, con...

21

—Sí, sí con todo lo que ya me has dicho. Bueno, es que, efectivamente, soy un fantasma Fede. Y es la primera vez que me transformo en fantasma. Soy un fantasma bueno, eso creo. Al menos no tengo la intención de asustar a nadie. Y mucho menos a ti, por supuesto. ¿Entiendes lo que te digo? Lo que te tiene que quedar claro es que en realidad estoy muerto, Fede. Lo siento.

—¿Puedo tocarte? —pregunté

—Por supuesto, a mí me gustaría darte un abrazo, pero en estas condiciones creo que va a ser imposible. Mejor intentamos darnos la mano y veamos que sucede —respondió, moviendo la boca y todo.

—Tú estás calentito. ¿No tendrás fiebre? —observó en tono de chercha.

La verdad es que al atravesar su mano sentí una ráfaga de aire helado, más fría que la del aire acondicionado, pero no me animé a decírselo.

—Bueno, no te podré tocar, pero al menos puedo verte y escucharte, digamos que eres un fantasma bastante completo. Si no serías un zombi y tendrías el cuerpo medio descompuesto. ¡Qué asco!

22 Fhssssss. Fhssssss.

—¿Y ese silbido? Sonó como vejiga pinchada.

—No sé... Creo que fue un gas.

—¿Cómo que un gas? ¿No te estarás desinflando? Si vas a desaparecer te saco una foto de recuerdo sino nadie me va a creer cuando lo cuente.

—Ya te dije que era un gas. Debo estar muy nervioso, porque ese silbido ya lo hice antes. Debe ser un pedo fantasmagórico.

—Está bien, te creo. ¿Y ahora qué hacemos? ¿No se lo tendría que contar al abuelo y a mamá? ¿Dónde vas a vivir? ¿Te vas a quedar mucho tiempo conmigo? ¿Necesitas algo? Es que no sé que comen los fantasmas. Dime, ¿quién es esa tal Mercedes de la que hablabas al principio? ¿En serio que era tu novia? Qué raro, mamá nunca me lo contó.

—Despacio Fede, despacio, que me vas a volver loco con tantas preguntas. Ella se llama, o se llamaba, Mercedes. Regresé por ella. Pero no tengo ganas de hablar de eso ahora, ya tendremos tiempo. Yo creo que lo mejor es que me dejes aquí dentro, con llave, para que nadie abra el armario. Total, yo puedo entrar y salir cuando quiera. Por el momento vamos a mantener esto en secreto. Espero que seas de palabra. Necesito pensar un poco, recordar, tengo que entender bien lo que me está pasando. Para mí esto de ser fantasma es toda una novedad.

—Dime, tío César, ¿Por qué viniste a casa en vez de ir directamente a lo de Mercedes?

—Fede, vamos a dejar también esa respuesta pendiente. Además, ¿a ti te parece que yo puedo andar con este aspecto por ahí? Buenas noches muchacho, acuéstate que mañana tienes que ir al colegio. Ah, y ya que estamos de preguntones, dime ¿tienes más hermanos?

—No, por el momento no. Soy hijo único y también sobrino único, ¿no?

—Por lo visto somos una familia muy exclusiva. ¿Cuántos amigos tienes con un tío fantasma, eh, dime? —preguntó el tío César.

—Qué yo sepa, ninguno, pero sería cuestión de preguntar— contesté y él se rio con un soplido que supongo sería una risa fantasmagórica.

Así conocí al fantasma de mi tío César, el hermano de mamá que había fallecido cuando yo tenía dos años, o sea, hace un montón de tiempo atrás.